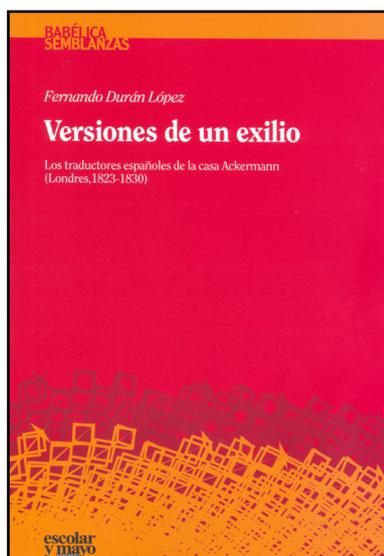




Fernando DURÁN LÓPEZ (2015), *Versiones de un exilio. Los traductores españoles de la casa Ackermann (Londres, 1823-1830)*, Madrid, Escolar y Mayo Editores, Colección Babélica. Semblanzas, 224 pp.



El exilio ha suscitado múltiples reflexiones a lo largo del tiempo, desde las melancólicas de Ovidio en sus *Tristia* a las combativas de los ensayos de Edward Said (2005). En los últimos años, el tema (que, en nuestros días, trasciende la categoría de «tema» para ser una penosa realidad) se ha visto enriquecido gracias a los estudios transatlánticos, con su mirada transnacional como eje, y a los análisis sobre transferencias culturales, preocupados ambos por relativizar la noción de centro y por validar el método comparativo, como ha sostenido Michel Espagne (2013). El caso que nos ocupa, el exilio español de 1823 en Londres, ha generado últimamente estudios individuales y colectivos de interés como los de Salvador García Castañeda (*The Spanish Émigrés and the London Literary Scene 1814-1834*, Londres, King's College & Spanish Embassy of London, 2010) y Daniel Muñoz Sempere y Gregorio Alonso (*Londres y el liberalismo hispánico*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2010), así como estudios parciales en obras de conjunto centradas en el fenómeno, como los de Juan Bautista Vilar (*La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas de los siglos XIX y XX*, Madrid, Síntesis, 2006) y Juan Luis Simal (*Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2012). De estas y otras recientes incursiones en el exilio destaca, por ubicarse en un territorio

---

prácticamente virgen, la obra que nos ocupa: *Versiones de un exilio. Los traductores españoles de la casa Ackermann (Londres, 1823-1830)*, de Fernando Durán López.

Esta monografía se presenta ante el lector como una original ventana a un paisaje apenas explorado de la historia literaria y cultural del mundo hispánico durante el primer tercio del siglo XIX: la actividad que un grupo de escritores españoles exiliados en Londres desarrollaron para la poderosa casa editorial de Rudolph Ackermann entre 1823 y 1830. La lente empleada en este preciso corte diacrónico ofrece al lector la vívida imagen de unos hombres de letras con nombre propio (José María Blanco White, José Joaquín de Mora, Pablo de Mendíbil y José de Urcullu) que, arribados a Londres por motivos políticos e impelidos por una necesidad básica de subsistencia, trabajaron al servicio del influyente editor y librero Ackermann, cuyo catálogo hispánico con destino a Ultramar ayudaron a construir; todo ello, además, con la participación puntual de otros exiliados menos conocidos hoy (Joaquín Lorenzo Villanueva, Esteban Pastor, José Núñez de Arenas) y de ciertos agentes hispanoamericanos que patrocinaron sus obras, como el diplomático Vicente Rocafuerte y, en menor medida, Bernardino Rivadavia y Francisco Borja Mignon.

*Versiones de un exilio* lleva a cabo un análisis preciso de las huellas culturales y literarias del exilio liberal. Su autor no se interesa meramente por las obras consideradas en sí, como productos estéticos acabados, sino que da prioridad a la propia actividad traductológica oculta tras cada texto, lo que deriva en interesantes observaciones sobre trasvases temáticos y estéticos, adaptaciones culturales, afinidades electivas y activismo ideológico. Tampoco se limita el autor a estudiar a las figuras protagonistas en islotes biográficos, pues su objetivo es contemplarlas en ese escenario coral del exilio londinense, indagar en sus vivencias, en su labor de traductores de Ackermann, en las amplias redes literarias que tejieron y en su papel de mediadores culturales. La semblanza colectiva se impone, así, a la biografía particular, aunque sin escatimar retratos bien trazados de cada uno de los personajes (pp. 21-66).

El libro se estructura en cuatro partes bien definidas. El primer capítulo arroja el conjunto del libro a modo de introducción («Literatura, traducción, exilio», pp. 9-20). Fernando Durán acota aquí sus objetivos y alguna de sus hipótesis, expone la articulación elegida y aborda ciertas distinciones conceptuales y procedimentales que aclaran su perspectiva de estudio. Comienza reflejando las distintas formulaciones, endógenas y exógenas, del fenómeno del exilio, para lo cual convoca a Claudio Guillén (referencia ineludible de la reflexión en torno al exilio junto a Vicente Llorens, quien también concurre en estas páginas). Se distingue de este modo entre literatura *del* exilio y literatura *desde* el exilio, o literatura del contra-exilio (p. 17), relevante distinción que iluminará los productos examinados con posterioridad y que determina una separación tajante entre las obras escritas por los exiliados españoles para el catálogo de Ackermann (*desde*), como *Variedades o Mensajero de Londres* y los *No Me Olvides*, y las que se gestaron fuera del mismo (*del* exilio), como los *Ocios de los Españoles Emigrados*, *El Emigrado Observador* y *El Español Constitucional* (p. 80); la actividad traductológica de los escritores de Ackermann queda así ubicada como exponente de la literatura *desde* el exilio (p. 17). Este marco introductorio permite al autor lanzar algunas premisas fundamentales, como la idea del vínculo intelectual entre Blanco White y Mora en términos de «modelo, si no maestro» del primero con respecto al segundo (p. 18), así como tejer las redes transnacionales que operan en la construcción de identidades nacionales, ayudado de Simal (p. 19), o recordar los aspectos más prosaicos de la cruda experiencia del exilio, invitando al lector a no perderse en ideales laberintos interpretativos (p. 20).

Partiendo de estas coordenadas, nos adentramos en el segundo capítulo («La casa Ackermann», pp. 21-66) en las semblanzas individuales de cada uno de los actores del

---

drama, en imagen del propio autor (p. 21). Estos retratos tienen como nexo de unión la labor desarrollada para el hábil empresario Rudolph Ackermann: a través de la historia del editor se penetra brevemente en las historias particulares de los escritores españoles que trabajaron para él, José María Blanco White, José Joaquín de Mora, Pablo de Mendíbil y José de Urcullu, sin olvidar a Vicente Rocafuerte (quien colaboró económicamente con Ackermann para promover proyectos político-culturales de diverso signo) ni a otros españoles exiliados conectados de un modo u otro con la casa editorial, como Joaquín Lorenzo Villanueva, Esteban Pastor y José Núñez de Arenas. Simbólicamente, el primer «actor del drama» convocado por Fernando Durán, antes que el resto de personajes, es el capitalismo: así, queda patente que «lo que tenemos delante son los proyectos empresariales de Ackermann, no los proyectos intelectuales de los exiliados» (p. 23), de tal manera que desde el inicio queda centrada con realista crudeza la problemática producción literaria e intelectual de los exiliados españoles en Londres. Otras puntualizaciones igualmente certeras contribuyen a delimitar muy a las claras el enfoque del autor, como la asunción de que Ackermann *financiaba* los proyectos *de Mora*, que discute a Rodríguez Espinosa (p. 22), en mi opinión, buen ejemplo de ese error epistemológico básico consistente en la confusión entre la razón del analista y la razón del objeto, de la que previno Bourdieu en *Le sens pratique* y que Enrique Bernárdez aplicó al lenguaje; Durán evidencia la mayor precisión de la fórmula que invierte los términos y expone que Ackermann *contrató* a Mora para impulsar *sus* proyectos empresariales.

El tercer capítulo es el más extenso, dado que constituye el núcleo de la propuesta de Fernando Durán: el estudio del catálogo hispánico de la empresa Ackermann («Traductologías», pp. 67-158). Para ello, el autor efectúa un rastreo sistemático de los diferentes frutos de dicho catálogo, desde periódicos y catecismos a «mundos miniados» (los libros de la colección *The world in miniature*, que aunaban la geografía y la historia con el costumbrismo y la literatura de viajes), pasando por los *No me olvides* de Mora y Mendíbil, las dos traducciones de Walter Scott (*Ivanhoe* y *El talismán*, ambas a cargo de Mora en 1825 y 1826, respectivamente), las obras didácticas, educativas y de urbanidad, las obras de temática americana destinadas a ensalzar y sancionar la emancipación y la forja de las jóvenes naciones y, por último, la poesía. Se trata de nueve compartimentos o categorías que Durán se cuida de ofrecer como definitivos: se trata tan solo de un intento de ordenación que «no agota la posible materia» (p. 67), antes bien, la sistematiza y la ofrece en pequeñas píldoras que el autor haría bien en continuar explorando a través de estudios más extensos; de hecho, quien aborde la lectura de esta obra avistará, sin duda, los múltiples senderos que se intuyen tras los análisis de cada autor y cada obra (especialmente, en aquellas que nos eran todavía desconocidas). Si bien no es posible reseñar cada uno de los nueve epígrafes en los que el autor va desgranando los distintos productos de los traductores españoles de Ackermann, merece la pena destacar las lecturas sutiles de ciertas traducciones, dobles versiones y naturalizaciones (pp. 107, 109, 126), la identificación de adaptaciones culturales mediante reescrituras (p. 111), la revelación de un proyecto de construcción narrativa de la emancipación americana y el periodo colonial válido para liberales de ambas orillas (p. 137) y los desafíos de la poesía a los trasvases interculturales y a la traducción («a veces las decisiones de no traducir algo, sino reemplazarlo por creación, son tan expresivas de una teoría traductológica como las traducciones mismas»; p. 148).

Finalmente, en el cuarto capítulo («Puntos de comparación», pp. 159-181), Fernando Durán aborda los éxitos y fracasos de la campaña editorial de Ackermann en el mercado hispanoamericano (desde un doble punto de vista, económico e ideológico) y, lo que resulta más interesante aún, ofrece una reflexión sobre cómo «el mercenario trabajo para Ackermann transformó las personalidades literarias de sus escritores» (p. 163), ahondando

---

tanto en el plano individual de esta mutación (encarnado en la evolución del neoclasicismo al romanticismo), como, especialmente, en el colectivo (el hispanoamericanismo y la tolerancia religiosa). Aunque se presenten a modo de «conclusiones» (p. 163), en realidad no desempeñan tal papel de manera estricta: más que una síntesis del estudio desplegado en los capítulos anteriores, ofrecen nuevas consideraciones sobre el papel de Ackermann, de sus escritores asalariados y de sus enlaces diplomáticos en el proceso de reformulación de una identidad hispánica común. Así, interesa subrayar la convergencia de intereses del exilio liberal y de la diplomacia americana que Durán expone, convergencia de la que el catálogo editorial de Ackermann fue «manifestación literaria, cultural» (p. 166). Ello fue posible gracias a la construcción de un relato consensuado de la independencia asumible por liberales españoles y americanos (p. 167), así como a una línea editorial centrada en la tolerancia como nexo de unión entre los poliédricos perfiles religiosos que Ackermann debía armonizar (los de sus traductores/autores en nómina y los del público lector), por más que fuera evidente el interés final del editor por difundir los principios protestantes en América (p. 171). Sobresale, previa a los «Apéndices» (pp. 185-205) que cierran el libro con textos programáticos de Mora y Mendíbil, la valoración crítica sobre el credo estético de los exiliados en Londres que Durán acomete en el último epígrafe, a modo de colofón de ciertas ideas nucleares vertidas a lo largo de la monografía. Tras convocar los principales lugares comunes extendidos por la historiografía literaria acerca de la introducción del Romanticismo en España por vía del exilio liberal londinense, el autor se suma a un recorrido alternativo, transitado por críticos como Derek Flitter o Philip W. Silver, que discute esa interpretación y que pone en duda la unidireccionalidad de los procesos intelectuales. Partiendo de esta base y de las trampas metodológicas que comporta la asunción del constructo «literatura española» como aquella producida por un autor nacido en España que escribe en castellano, el autor impulsa un nuevo panorama crítico del exilio español en Londres concentrado en torno a la empresa traductora de Rudolph Ackermann. Esta aproximación se basa en claves como la perspectiva transnacional o transatlántica, «en un juego de transferencias multidireccionales donde cada polo del flujo discursivo está en una situación civilizatoria desigual» (p. 175); la consideración de la evolución del Clasicismo al Romanticismo a la luz de ese concepto transnacional que el exilio impuso a estos escritores (particularmente visible en los casos de Blanco White y de Mora) y la admisión de sus respectivas «acciones literarias», tanto originales como traducidas, en términos de transformación, no continuación, de la tradición y la civilización hispánicas (p. 178).

Con este libro asistimos a la restitución, con notable sensibilidad crítica, de un episodio esencial y prácticamente desconocido hasta hoy del exilio liberal español de 1823, un capítulo de la historia literaria europea e iberoamericana que no aparecía en los libros, protagonizado por un puñado de escritores que, con sus plumas al servicio de una empresa de miras transatlánticas, tradujeron textos ingleses o produjeron obras originales para lectores de las incipientes repúblicas americanas, con las que estos autores compartían el deseo de ver caer a Fernando VII (los unos, por la promesa del retorno a España, los otros por afanes independentistas). Gracias a un vasto conocimiento de las condiciones económicas, materiales, literarias e históricas del periodo, Fernando Durán articula un relato distinto del exilio liberal español que abre múltiples vías de exploración, tanto para la historia literaria y cultural del siglo XIX como para la historia de la traducción. Este libro es ya, sin duda, un referente ineludible en los estudios sobre el exilio hispánico en Londres, que aflora en toda su riqueza y en la complejidad de todas sus *versiones*.